

LOA A UN ÁNGEL DE PIEL MORENA

SERIE DETECTIVESCA "GLORIA DAMASCO"

LUCHA CORPI

Traducción de Nuria Brufau Alvira



Arte Público Press
Houston, Texas

Loa a un ángel de piel morena ha sido subvencionado por la Ciudad de Houston por medio del Houston Arts Alliance. Agradecemos al Instituto Franklin, Universidad de Alcalá de Henares, por la traducción.

Recuperando el pasado, creando el futuro

Arte Público Press
University of Houston
4902 Gulf Fwy, Bldg 19, Rm 100
Houston, Texas 77204-2004

Diseño de la portada de Pilar Espino

Corpi, Lucha, 1945-

[Eulogy for a Brown Angel. Spanish]

Loa a un ángel de piel morena: Serie detectivesca Gloria Damasco / por Lucha Corpi; traducción al español de Nuria Brufau Alvira.

p. cm.

ISBN 978-1-55885-751-3 (alk. paper)

1. Damasco, Gloria (Fictitious character)—Fiction. 2. Hispanic American women—Fiction. 3. Civil rights demonstrations—Fiction. 4. California—Fiction. I. Brufau Alvira, Nuria. II. Title. PS3553.O693E9318 2012

813'.54—dc23

2012026151
CIP

∞ El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

Text copyright © 1994 por Lucha Corpi
Loa a un ángel de piel morena © 2012 por Nuria Brufau Alvira

Impreso en los Estados Unidos de América

Agradecimientos

Durante los últimos tres años, *Loa* ha sido la razón —o la excusa— de mi estado de abstracción e inseguridad, y de las rarezas que he manifestado; también de no haber sufrido las pesadillas que a menudo han poblado cualquier otro periodo en que haya dedicado a redactar prosa intensamente. Esto, para demostrar que un pequeño asesinato en el papel puede hacer y hará maravillas con el sueño de una.

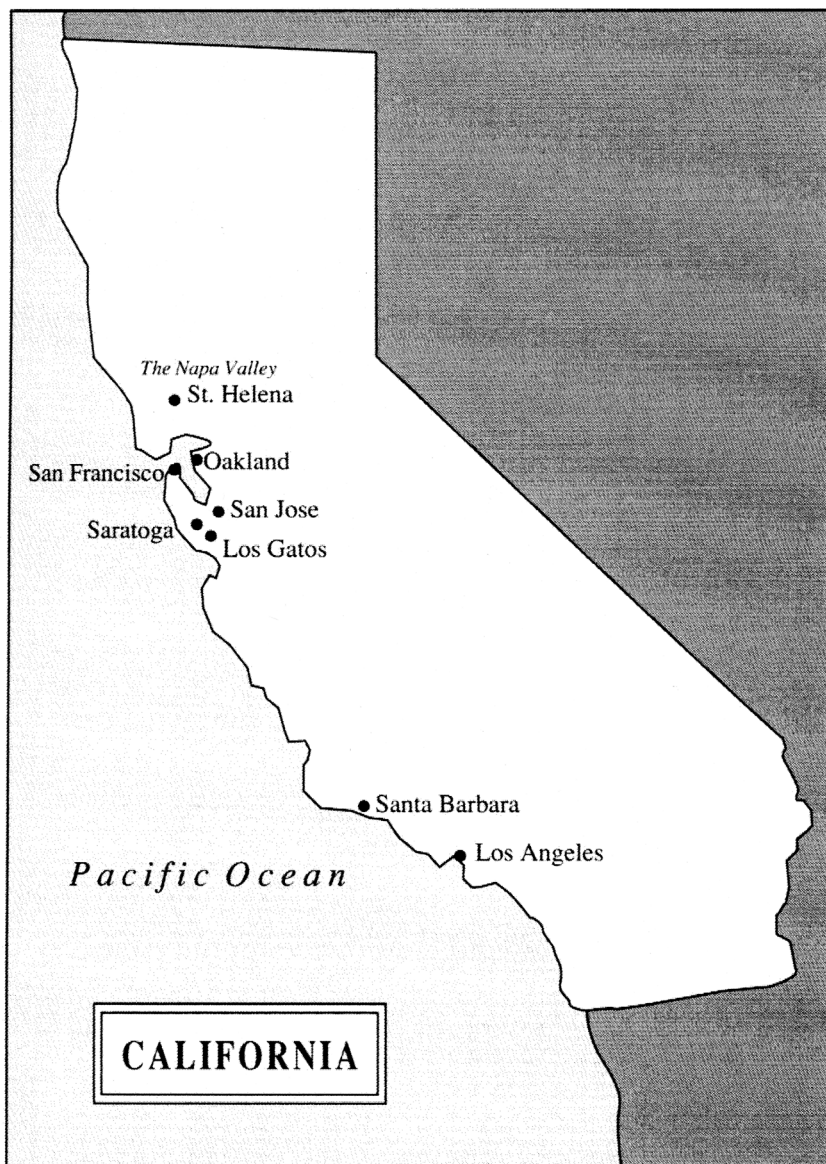
Aunque escribir sea un acto individual, editar y publicar un libro lleva consigo el trabajo de mucha gente. Por eso me gustaría dar las gracias a quienes tan generosamente me han ofrecido su experiencia y su energía —y el financiamiento— para hacer que la redacción y edición de esta novela fueran posibles.

Mi agradecimiento más sentido va para el personal de la Sala de Historia de la Biblioteca Pública de Oakland y para Elissa Miller, directora de su sección latinoamericana; a Louise Muhler, por la entretenidísima clase de horticultura; a Yolanda García Reyna, por ayudarme a comprender la historia y la dinámica del funcionamiento de las bandas de Los Ángeles; a José y Malaquías Montoya, por autorizarme a mencionar o citar literalmente su trabajo; a Francisco Alarcón, Mark Greenside, Ted y Pee Wee Kalman, James Opiat, Alcides y Catherine Rodríguez-Nieto, por su opinión en distintos momentos durante la creación de la primera versión de esta obra.

Quiero también expresar toda mi gratitud a la Comisión de Artes Culturales de Oakland por la beca que me ha permitido dejar de enseñar durante un tiempo para terminar el manuscrito; y a mi editora, Roberta Fernández, por la energía y el trabajo que ha realizado para pulir el relato final.

Lucha Corpi
Oakland, 1991

A la familia Corpi en México,
a mi hijo Arturo y a su esposa Naomi,
y a Carlos Gonzales



Del *corrido* “Garbanzo Beret”, de José E. Montoya:

Por la Calle Whittier La Raza marchaba
En protesta del gobierno
con puños alzados, unidos gritaban
Qué viva el poder del Chicano.

El parque Lagunas parecía una fiesta
Una fiesta de colores.
Quien iba a pensar que esa tarde de amores
Se convirtiera en horrores.

Down Whittier, La Raza marched
to protest against the government
Fists raised, in one voice
they all chanted: Power to the Chicano!

Laguna Park looked like a fairground,
A celebration of color
Who would have thought that an afternoon
of love would later turn to horror.

Introducción

La edición de un libro siempre requiere la atención artística-literaria, los fondos y el sudor de la frente de muchas personas. Es así que doy gracias a la Universidad de Alcalá de Henares, a José Antonio Gurpegui, Cristina Crespo y al resto del equipo del Instituto Franklin por seleccionar y hacer posible la traducción y edición de mi novela *Eulogy for a Brown Angel* al español. Mi infinita gratitud en especial a Nuria Brufau Alvira, la traductora de mi novela que en su nueva encarnación luce el nombre de *Loa a un ángel de piel morena*. Así mismo, les adeudo siempre el agradecimiento a Nick Kanellos, Marina Tristán, Gabriela Baeza Ventura y tantos otros en la editorial Arte Público Press por su inagotable fe en mí y mi obra literaria, y en especial al hacer posible la edición y distribución de *Loa* en Estados Unidos.

Cuando Cristina Crespo me informó que mi novela había sido seleccionado para ser editada en español, me sentí muy honrada y complacida, pero también entusiasmada ante la oportunidad de poder proporcionar cuanto le fuera necesario a Nuria para llevar a cabo su labor de traducción.

Loa a un ángel de piel morena es una novela de suspenso, narrada en gran parte por la detective chicana Gloria Damasco. Uno de los temas principales en ella es el padecimiento social del racismo, como se manifiesta no sólo en los Estados Unidos sino aún entre los miembros de una misma familia y entre la misma población mexicana-chicana. Gloria y su amiga Luisa descubren el cadáver de un niño pequeño durante una manifestación en protesta por la guerra en Vietnam en 1970, conocida como la Moratoria Nacional Chicana. Las fuerzas policiales de la ciudad y el condado de Los Ángeles se lanzan contra los manifestantes. Se desata una violenta jornada que cobra la vida de tres personas. Muchos otros resultan heridos, y cientos terminan en la cárcel. El movimiento a favor de los derechos civiles del

pueblo chicano le sirve de trasfondo a la trama, durante una época de gran ebullición y fermentación socio-política, cultural, artística, musical y literaria de los años sesenta y setenta en California.

Al recibir los primeros comentarios de Nuria sobre *Loa*, mi entusiasmo al asistirle en la traducción aumentó. Nos abrimos de lleno al diálogo constructivo, el que dio pie a la confianza, el respeto y el afecto mutuos, y al éxito de nuestro cometido. Al involucrarme de lleno en el proceso, comprendí mejor aún lo difícil que es el arte de la traducción literaria. Lleva implícitas en el proceso la posibilidad y la urgencia de interpretar acertadamente la cultura que forma e informa al lenguaje que le provee la voz. En el aspecto lingüístico es buscar la manera de expresar, tan fielmente como sea posible, lo que está ahí, accesible y a plena vista, al igual que lo inefable, aquello que en momentos pareciera intransmisible e intransmutable entre dos sistemas lingüístico-culturales. El proceso es por naturaleza complicado y presenta problemas únicos a quien se proponga traducir una obra literaria.

Como si fuera poco, todo texto latino o chicano se alimenta directa e indirectamente de una cultura sumamente heterogénea. Por consiguiente, el idioma que le da expresión a todas sus diversas modalidades es una amalgama de varios lenguajes que provienen de una misma lengua pero no de una misma y homogénea cultura. Esta es la realidad diaria que enfrentamos los latinos y chicanos, al comunicarnos en un español que refleja la diversidad de las culturas latinoamericanas mientras que tratamos de expresar nuestro sentir y pensar diario en el inglés norteamericano, un idioma de constante flujo, que se transforma con una rapidez inverosímil. Esta situación aterra lo mismo que fascina.

Sin duda es ésta también la problemática lingüística que enfrenta Nuria y la conflictiva realidad que maneja con gran destreza y esmero, y en conjunto constituyen lo que ella tiene que superar —y lo hace— cada vez que traduce una obra de la literatura chicana-latina. No hay manera de expresarle en su totalidad mi admiración y respeto por su estupenda labor de traducción, por lo que simplemente le doy mis más sentidas gracias.

Sin más preámbulos tengo el gusto y el honor de presentar *Loa a un ángel de piel morena* a ustedes, estimados lectores.

Lucha Corpi
Oakland, 2012

Preludio

Durante muchos años, de vez en cuando, advertía la energía vibrante de una presencia que se hallaba en algún lugar lejano. Se me aparecía en forma de luz azul, con una fuerza revulsiva única. En una ocasión, mientras estaba de compras en Union Square en San Francisco, percibí esa presencia como una ráfaga imprevista que me acariciaba el brazo y se alejaba veloz. Lo ignoraba por aquel entonces, pero era tu energía, la tuya, Justin Escobar, lo que sentía. Noté un escalofrío, más de emoción que de miedo, pues intuí que algún día tú y yo nos conoceríamos y que, cuando lo hiciéramos, la solución a este misterio estaría al alcance de mi mano. Ahora, deja que te cuente la historia.

1970

PRIMERA PARTE

UNO

La ciudad de los ángeles

Luisa y yo hallamos al niño tumbado de lado, en posición fetal. Tendría unos cuatro años, y el cabello, rizado y castaño claro, le caía por la frente y le cubría parte de las cejas y las largas pestañas. Pequeña, redondita y aún con los diminutos hoyuelos que se les forman a los bebés rollizos junto a las coyunturas de los dedos, tenía la mano izquierda apoyada sobre la cabeza. En la muñeca llevaba un reloj de Mickey Mouse que marcaba las 3:39 de la tarde: cuatro minutos más que el mío. El brazo derecho le cubría parte de la cara y le tiraba hacia arriba de la camiseta para dejar al descubierto la curva de un hígado desproporcionadamente grande. No era más que un querubín suave, durmiente y moreno, muy parecido a mi hija Tania, quien probablemente en aquel momento estaría en casa durmiendo la siesta.

La imagen de mi hija dormida en su cama se me hizo presente y al mismo tiempo la sospecha de que algo iba muy mal. ¿Cómo podía haber un niño dormido en la acera de una bocacalle de Whittier Boulevard en el este de los Ángeles? ¿Acaso se había separado de sus padres durante los altercados y luego se había quedado dormido, exhausto de tanto llorar, entre los ruidos silbantes y de explosiones de las bombas lacrimógenas que se oían a apenas unos treinta metros de donde estábamos?

Llevábamos dos horas oyendo los gritos y los chillidos de los adultos y los niños que huían del gas y de los cristales de los escaparates que se hacían añicos. No parecía que la violencia fuera a acabar pronto.

Era el veintinueve de agosto de 1970, un sábado cálido y soleado que se recordaría como el día del Chicano Moratorium, uno de los

más violentos de la historia de California. Jóvenes y adultos, militantes y conservadores, chicanos y México-americanos, nietos y abuelos, hispanohablantes y anglos, vatos locos y profesores de universidad, hombres y mujeres, 20.000 en total, caminamos por Whittier Boulevard en el corazón del barrio. Veníamos desde tan al norte, oeste y este como Alaska, Hawai y Florida respectivamente para protestar contra la intervención estadounidense en el sudeste asiático y el consecuente reclutamiento de cientos de jóvenes chicanos en las fuerzas armadas. El Parque Laguna había sido nuestro punto de encuentro.

Con nuestras canastas de comida, y nuestros niños, nuestros poetas, músicos, líderes y héroes, habíamos llegado allí para celebrar nuestra cultura y reafirmar nuestros derechos a la libertad de expresión y a la reunión pacífica como americanos de origen mexicano.

En nuestro idealismo, Luisa y yo, y gente como nosotras, confiábamos entonces en que la policía apreciaría nuestros esfuerzos por que la manifestación fuera pacífica, y nos ayudaría a mantener el orden con dignidad. Seguramente, pensábamos, se darían cuenta de que no arriesgaríamos innecesariamente las vidas de nuestros mayores y nuestros hijos. ¡Qué tontas fuimos! En cuanto unos pocos de los manifestantes se alborotaron, se vieron sometidos por la policía de forma brutal. La muchedumbre se arremolinó alrededor y protestó ante la indebida falta de moderación desplegada por los agentes. Un manifestante les lanzó una botella, y quinientos policías armados con equipos antimotines cargaron contra nosotros: nuestro día de sol se convirtió en la sangrienta revuelta de la que escapábamos en aquel momento.

Volví a mirar al niño, a la quietud nada natural de aquel cuerpo minúsculo bañado por la luz de la tarde, y noté la mano de Luisa en el brazo, del que me tiraba para que me alejara del pequeño. Tras soltarme, me acerqué con la permanente esperanza de que solamente estuviera dormido o al menos solo levemente herido.

Al inclinarme y tender una mano temblorosa para sacudirlo, me di cuenta del fuerte olor a excrementos que despedía. Automáticamente le levanté la pierna de los pantalones y eché un vistazo. Estaba manchado, aunque no lo bastante como para dar cuenta de aquel tremendo hedor. Descendió una mosca, que se le posó en el brazo derecho, y luego otra. Contuve el impulso de espantarlas y las con-

templé mientras le avanzaban veloces por encima y debajo del codo hasta alcanzarle los labios; entonces, con pulso trémulo le retiré el brazo. Para cuando vi el excremento humano que tenía en la boca ya me agitaba violentamente.

No sé si entonces comprendí del todo lo que acababa de destapar, pero cuando me di cuenta de que el niño estaba muerto, y su cuerpo, profanado de aquel modo, sentí una sacudida que se me mudó del pecho al estómago tras atravesarme la nuca. Con los ojos cerrados, palpé el camino hasta el muro. En cuanto lo alcancé, me salió de las entrañas una oleada ardiente de horror y de rabia impotente que expulsé por la boca. Se me quedó el cuerpo sin fuerzas y caí sobre mi propio vómito con los ojos abiertos como platos. Por un instante, me pareció que estaba contemplando al niño, a Luisa y a mí misma desde lo alto mientras la acción que se desarrollaba debajo de mí seguía adelante y a toda prisa, como si se tratara de una película antigua proyectada sobre una pantalla.

Me sentí flotar sobre los tejados. A los lejos ascendían las nubes de gas lacrimógeno para entremezclarse con el humo de una docena de incendios que ardían sin control. Las fumarolas no tardaron en alcanzar a la multitud, que entonces se precipitó hacia las bocacalles más próximas de Whittier Boulevard.

Para aliviar un poco los efectos del gas, dos personas mayores enjuagaban con mangueras las caras de los viandantes, entre los que había varios estudiantes de octavo curso, de unos trece años, y sus profesores, que corrían hacia un autobús escolar. Dos adolescentes ayudaban a un tercero al que le sangraba mucho la pierna, y algunos padres cargaban sobre sus hombros o en brazos a sus niños, debilitados por los efluvios de las lacrimógenas.

Los policías y los ayudantes del sheriff, pertrechados con el equipo antimotines, cargaban contra la muchedumbre, empleaban sus defensas para golpear a quien se cruzara en su camino o se atreviera a devolver el golpe, y luego los esposaban y conducían al interior de los furgones.

En el centro de la ciudad, los hombres de piel negra y morena observaban el mundo a través de la hedionda neblina del alcohol, mientras, más allá, en Beverly Hills, las personas entraban y salían con gracia y soltura de las tiendas de Rodeo Drive y se metían luego

en sus Roll-Royces, Mercedes o Cadillacs con conductor. Desfilaban por calles con hileras de palmeras hasta sus mansiones, donde el servicio doméstico de tez oscura atendía todas sus necesidades.

En el horizonte, una fina capa de bruma azul marcaba el lugar donde el océano Pacífico, indiferente a los asuntos humanos, llevaba encontrándose con la tierra, incansablemente, cada instante de cada día desde tiempo inmemorial.

Me miré a mí misma. Allí estaba yo —con mis cuarenta y ocho kilos de peso, y mi metro sesenta y cinco de altura—, tendida en mi fragilidad junto al niño inerte, y con la piel morena brillante por el sudor. “¿Cómo habré acabado aquí?”, me pregunté.

Luisa me agarraba por los hombros y gritaba mi nombre una y otra vez. A pesar de desear quedarme donde estaba, empecé a descender. De pronto, me vi aferrada a sus manos. La miré a los ojos, que me correspondían alertados, y me esforcé por incorporarme.

Mientras me recomponía y volvía a mirar al niño muerto con una frialdad que me sorprendió, pensé que habría pasado al menos una hora. Eché un vistazo al reloj: las 3:45.

—Vamos a buscar un teléfono —propuse.

—¿Un teléfono? Dios mío. ¡Vámonos de aquí! Acabas de darme un susto de muerte. Parecía que te habías muerto tú también. —Luisa me tiraba del brazo—. No podemos hacer nada por él —añadió con voz temblorosa. Luego se aclaró la garganta en un intento por parecer dura, aunque yo sabía que estaba tan sobrecogida por la muerte del niño como yo—. Están acercándose. Escucha —advirtió.

Negué con la cabeza.

—Estamos demasiado lejos de todo. Aquí no van a venir. De todos modos, no puedo dejarlo ahí sin más. Vete tú si quieres. Luego te veo en tu casa.

Luisa emprendió la marcha, pero cambió de opinión y se volvió.

—Bueno —accedió con resignación. Enseguida señaló en la dirección opuesta al bulevar—. Mis amigos Reyna y Joel Galeano viven a unas dos cuadras de aquí. ¿Te acuerdas que te los presenté ayer en la puerta del periódico *La Causa Chicana*? Joel es un reportero independiente. —Asentí y Luisa añadió—: Seguro que puedes llamar desde su casa. Ve hasta la esquina y dobla a la derecha, luego camina otras dos

cuadras y a la izquierda. Es la única casa azul que hay, la segunda a tu derecha. La número 3345, creo. Te espero aquí.

—¿Y si no están en casa? —pregunté.

—Estoy segura de que Reyna está en casa. Me dijo que no iba a ir a la manifestación, que le aterrorizan las aglomeraciones. Vete pues —ordenó—. Yo le echo un ojo.

Me puse a andar en la dirección que me indicaba.

En cuanto llamé al timbre de la casa azul, Reyna Galeano miró por la ventana. Al reconocermela, abrió la puerta. Joel estaba hablando por teléfono en el comedorcito y parecía estar dictando un informe de prensa.

—Joel también acaba de llegar —explicó Reyna mientras me invitaba a esperar en la sala—. Rubén Salazar está herido; puede que incluso muerto. No estamos seguros. —Tenía los ojos empañados.

—¿Quién es Rubén Salazar? —pregunté.

—Un reportero del *L.A. Times*. Lo vimos ayer mismo. Joel estuvo hablando con él sobre el tomar fotos de la manifestación para el periódico.

—Ah, sí, ya sé quién es. También trabaja en una de las cadenas de televisión de habla hispana en Los Ángeles, ¿no? —Me senté y miré a Reyna—. ¿Qué le pasó?

—No lo sabemos con exactitud, pero es probable que le dispararan en la cafetería llamada Silver Dollar que está al final de la calle La Verne, ¡Ay, Dios mío! No quise decir muerto. Bueno, Joel acaba de llegar y está intentando enterarse de lo que ocurrió.

—Eso está apenas a unas cuadras de aquí —musité. Me picaban las piernas y empecé a rascarme mientras consideraba y desechaba cualquier posible conexión entre el disparo a Rubén Salazar y la muerte del pequeño—. Acabamos de encontrar un niño a dos cuadras de aquí —le conté a Reyna—. Está muerto. Vinimos a llamar a la policía.

—¿Te encontraste un niño muerto en la calle? —Reyna me miró perpleja—. Menos mal que nuestros hijos, Mario y Vida, están en casa de mi madre en Santa Mónica. Supusimos que sería mejor que hoy no se quedaran por aquí. Y, por lo que cuentas, hicimos bien.

Antes de poder contestar a las rápidas preguntas de Reyna, vi que Joel había terminado con el teléfono, y me apresuré a descolgarlo.

—Perdona, no quiero ser maleducada, pero tengo que llamar a la policía —aclaré. Luego añadí—: No sé si te acuerdas de mí. Soy amiga de Luisa.

—Sí me acuerdo. —Parecía preocupado—. ¿Tiene que ver con Rubén Salazar?

—No. Me acabo de enterar por Reyna de lo que le ha pasado.

—La verdad, no creo que debas llamar a los cerdos. Estamos casi seguros de que uno de ellos le disparó a Rubén.

—Esto no tiene nada que ver con él —interrumpí—. Es sobre un niño que Luisa y yo acabamos de encontrarnos.

Hablaba sin sentido; sabía que buscar las palabras y ordenar bien los acontecimientos me llevaría demasiado tiempo. Joel enarcó las cejas, pero no me hizo más preguntas. Se sentó a la mesa y empezó a revisar sus notas.

Marqué el número de información y luego dudé: ¿debería llamar a la brigada de homicidios? Aunque estaba más que segura de que había dado con la víctima de uno, opté por la comisaría central de todos modos.

Como me puse a divagar sobre el niño muerto que había en la acera cerca de Whittier Boulevard, en la comisaría de policía de Los Ángeles me pasaban una y otra vez de sección en sección. Me había mostrado reacia a mencionar el excremento en la boca del niño por miedo a que no me tomaran en serio.

—Escúchenme, por favor —rogué al zumbido que provenía del otro lado de la línea cuando me pusieron una vez más en espera.

Consciente de que Joel me lanzaba una de esas miradas de “te lo dije”, intenté evitar sus ojos y desvié la atención hacia las fotos y certificados que había colgados en la pared que tenía enfrente. Me fijé en que había ganado un par de premios por fotografías que había sacado en Vietnam. Observé una en la que salía Joel con uniforme de faena junto a otros Marines, hasta que escuché una voz por el teléfono.

—Diga, soy Matthew Kenyon. Me dicen que tiene un informe de un homicidio, ¿no?

Ya era demasiado tarde para preocuparse por haber llamado a la policía: tras fruncir el ceño y negar con la cabeza, Joel se marchó de la cocina.

—Le digo que mataron a un niño esta tarde. Me lo encontré en la calle con mierda en la boca. Y me refiero a mierda literalmente. ¡Mierda! —le solté impaciente a aquel Matthew Kenyon, sin duda un viejo poli con un trabajo de oficina, que se lamentaba de sí mismo por no estar afuera donde poder ver algo de acción. Enseguida me sentí avergonzada por haberle ofrecido una descripción tan cruda de un niño cuya muerte tanto me había afectado.

Irónicamente, fue la crudeza del comentario lo que hizo que Matthew Kenyon prestara atención a lo que yo tenía que decirle. Como descubriría más adelante, Kenyon era un detective de mediana edad que trabajaba en la brigada de homicidios y que, conscientemente, tal y como sospeché al conocerlo mejor, se había abstenido de participar en la carga contra los manifestantes en el parque Laguna.

—¿Cómo se llama? —me preguntó. Dudé: un apellido hispano siempre significaba un retraso de al menos una hora en casos de urgencia. Él pareció adivinar la razón de mi vacilación y añadió—: Está bien. Dígame sólo su nombre de pila.

—Bueno —respondí—, me llamo Gloria. Gloria Damasco.

—Está bien, Gloria. —En su voz no había rastro ni de placer ni de desagrado—. ¿Es usted pariente del niño muerto?

—No. Solo me lo encontré —respondí; estaba perdiendo la paciencia.

—Bien. Y ahora, dígame: ¿Dónde encontró al niño exactamente?

—En la calle Marigold, esquina con Margarita, a unas cuadras de Whittier Boulevard.

—¿Está usted ahí ahora?

—No, pero puedo verme con usted allí.

—Llego en diez minutos, pero quiero que me haga un favor: vuelva al lugar donde encontró al niño y asegúrese de que nadie toque el cuerpo o cualquier cosa que haya alrededor.

En cuanto colgué, me di cuenta de que, en algún lugar en aquella ciudad que había recibido su nombre de Nuestra Señora de Los Ángeles de Porciúncula, había un asesino que andaba suelto por las calles o esperaba en casa a que dieran la noticia, con la certeza del crimen cometido aún fresca en la conciencia.